

AMANTES EN CALCE
De
Marcela Romagnoli

La mirada escruta de nuevo la piedra, parece introducirse en ella y allí, desde adentro, recorrerla en busca de las formas ocultas que pujan por ser desveladas. Se demora un tiempo largo en esa tarea, volviendo a la carga una y otra vez, obsesiva ella, antes de retornar con su botín a los ojos de la mujer que, acucillada e inmóvil, espera.

Con paciencia y constancia infinita, ha repetido ese ritual innumerables veces, no podría ya decir cuantas. A diferentes horas, con luces cambiantes, sobre la materia aun intocada, que lleva en su cuerpo apenas las huellas de la sierra que la desprendieron de la montaña madre.

De pronto, un rápido abrir y cerrar de pestañas da por terminado ese largo prólogo. La mujer se incorpora y comienza a seguir, dócil, lo que su mirada le ha revelado. Su mano parece acariciar la piedra, mientras el pequeño grafito deja marcadas las primeras señales, breves rutas por donde el hierro va entrando en ese mundo de misterio y saca a la luz, por fin, lo que durmió por millones de años en el interior oscuro de ese cuerpo de piel luminosa.

Y entonces, poco a poco, golpe tras golpe, emergen de la masa pétreo otros cuerpos inmaculados, rompiendo el hechizo que los condenaba para siempre a la oscuridad.

.....
.....

Un paréntesis fuera del tiempo. Y el antiguo rito comienza de nuevo... Esta vez el gran tronco de raulí viene desde su casa húmeda de sombras, trayendo a cuestras su piel rugosa... La sierra se desplaza con rapidez y la separa de la pulpa, siguiendo con fidelidad el trazado que crea los primeros huecos en la madera olorosa. El aserrín revolotea en una neblina dorada y envuelve en un halo de luz la figura grácil de la mujer, contra el sol poniente.

Otra vez los cortes, el formón y la sierra otra vez... Hasta que las partes van calzando. Hasta que los trozos separados vuelven a acercarse en un juego de ajustes delicados, en una secuencia de ritmos y de tensiones que los mantienen unidos en un todo, de precisa y preciosa armonía.

.....

Veo a los “amantes en calce” de Marcela Romagnoli, como un manifiesto de fe en el amor. La temática de su obra actual, es mucho más que una inteligente y hermosa variación acerca del “beso” de Rodín.

Se conecta, al contrario, con los trovadores medioevales, y su cantar a la “fermosura” del amor y del ser amado, o al Dolce Stil Nuovo de Petrarca,

cuando despliega ante nosotros esos encendidos y melódicos versos en los que nos revela su profundo amor por Laura, con intensa y retenida pasión.

Sí, porque los volúmenes de las obras de Marcela, al engastarse tan firmemente el uno en el otro, nos cuentan la antigua y siempre nueva historia del trayecto plagado de asombros que todos debemos recorrer si de veras queremos llegar al acercamiento mutuo, al complemento entre pasión y ternura, principio absoluto del hecho amoroso.

Las superficies pulidas encajan, precisas, disímiles y armónicas al mismo tiempo, entrelazadas con fuerza y delicadeza, en un movimiento sinuoso hecho de curvas tensadas y conectadas entre sí. Las figuras de los amantes se funden en una unidad no sólo formal sino plena de vida interior.

No quiero, con lo expresado anteriormente, inducir al error de que se pueda percibir el trabajo de Marcela, como algo muy “femenino”, en el equivocado concepto de “mucha delicadeza y poca fuerza”. Por el contrario, todas las obras que ella trae hoy a nuestra contemplación, están cargadas de una extraordinaria potencia expresiva, por los signos inequívocos de su duro y largo combate con la materia, para vencer su resistencia y transformarla en dócil y maleable.

Pero, la fuerza de que hablo, nada tiene que ver con la violencia. Esos signos a los que me refiero, no son producto de golpes agresivos, sino que revelan el ir y venir de un diálogo constante, hecho de aceptaciones y rechazos, de victorias y derrotas, para construir, paso a paso, su autoridad maternal sobre sus creaciones.

Por otra parte, siento que, en esta re-presentación del amor humano que nos propone Marcela, hay un elemento que me atrevería a definir como cercano a lo sagrado y que se basa en el respeto a la belleza y dignidad del acto amoroso. Por eso prefiero la definición de **amorosa** para su escultura, en vez del manoseado término de “erótica”.

Considero que la presencia del erotismo en su estética es apenas el trampolín que permite a nuestra artista saltar a un nivel más alto de comprensión del misterio de la unión de la pareja humana, hecha de materia y espíritu, convertida por el AMOR, así, con mayúscula, en un momento de profunda y total entrega.

No es gratuita entonces la presencia aquí del concepto del “calce”, porque este se produce solamente a través de un indispensable trabajo de adaptación, de aceptación total entre formas muchas veces disímiles, pero absoluta y necesariamente complementarias.

Cuando positivo y negativo, los aparentes y eternos contradictorios, se encuentran para dar vida a una nueva forma que, incluyendo a los dos, va mucho más allá de la simple suma de las partes y que accede a una dimensión más alta y compleja de expresión.

Sigo hace años, desde lejos, el caminar de Marcela Romagnoli, desde sus primeras incursiones en la alquimia del quehacer artístico. La he visto superarse y resistir con entereza a las tentaciones que asechan siempre a los más talentosos, como la de complacer a los otros con la prolongación de etapas estéticas determinadas que encuentran eco fácil en los demás, pero que dejan al artista a medio camino, con el bolsillo lleno y el corazón vacío.

Por eso mismo, estoy seguro de que con Marcela aún nos esperan muchos encuentros sorprendidos. Tengo fe en ella, sé que sabrá recorrer con decisión ese camino que su propia vocación le ha trazado y que le exige rigor, ética y mucha constancia.

Lo importante es, querida amiga, no instalarse en el éxito fugaz y seguir, aunque sea a ciegas, los dictados de la emoción, conviviendo con las dudas que siempre nos acompañan y nos obligan a seguir adelante en busca de ese Misterio que nunca nos será desvelado.

Al iniciar mis breves palabras, cité al poeta Francesco Petrarca. No lo hice por un simple acercamiento formal.

Para demostrarlo con hechos y para terminar mi intervención, pido prestados algunos de sus versos que parecen expresamente compuestos para decirnos, en otro lenguaje, lo mismo que nos transmiten tus potentes y reveladoras obras.

BENDITO SEA EL AÑO, EL PUNTO, EL DÍA,
LA ESTACIÓN, EL LUGAR, EL MES, LA HORA
Y EL PAÍS, EN EL CUAL SU ENCANTADORA
MIRADA ENCADENÓSE AL ALMA MÍA.

BENDITA LA DULCISIMA PORFÍA
DE ENTREGARME A ESE AMOR QUE EN MI ALMA MORA,
Y EL ARCO Y LAS SAETAS, DE QUE AHORA
LAS LLAGAS SIENTO ABIERTAS TODAVÍA.

BENDITAS LAS PALABRAS CON QUE CANTO
EL NOMBRE DE MI AMADA; Y MI TORMENTO,
MIS ANSIAS, MIS SUSPIROS, Y MI LLANTO.

Y BENDITOS MIS VERSOS Y MI ARTE
PUES LA ENSALZAN, Y, EN FIN, MI PENSAMIENTO,
PUESTO QUE ELLA TAN SOLO LO COMPARTE.

Gracias.

Claudio di Girolamo

26 de agosto de 2004